

¿Cómo era un día de 1942 en los distintos países? Ningún sitio mejor que las librerías de viejo para seguirle la pista al tiempo que pasa.

En Berlín, ordenada y limpia, reinan las bicicletas. Sobre ellas viaja toda la ciudad. El muchacho demasiado joven para ser incorporado al ejército; la diligente ama de casa que lleva a su pequeño en un cesto de mimbre junto al manillar; el anciano todavía fuerte, cuyas piernas pedalean sin descanso; el sacerdote venerable; la alegre muchacha despreocupada de mostrar sus piernas esculturales; el obrero, el estudiante, cada eslabón de la poderosa cadena de la sociedad.

A un lado y otro de la Avenida da Liberdade, Lisboa nos ofrece cuantas delicias se vedan ya en el resto del mundo: tabacos de todos los aromas y libros de todos los países. Se encienden las primeras luces y los tranvías llevan a las damas lisboetas al Chiado, a sus cines lujosos, sus salones de té, sus grandes establecimientos mercantiles; allí no se escucha la voz ingenua y gangosa de los fados, arrumbados en sus oscuras tabernas, sino el grito americano llegado en el último *clipper*.

Un Londres sin niños muestra las huellas de los bombardeos: calles enteras destruidas, grandes almacenes en ruinas, fábricas convertidas en escombros, muelles del Támesis resquebrajados ... La estatua de Eros, en Picadilly Circus, ha desaparecido bajo la aplastante mole de sacos terreros y carteles de propaganda.

En París corre el dinero, los bancos no saben cómo utilizar sus disponibilidades, siempre están llenos los teatros y cabarets. Nunca hubo tantos lugares de diversión en París: abren a las diez de la noche y cierran a las cinco de la mañana. Salvo en el Lido, escasea la clientela alemana. Son franceses los que en una noche dejan en el cabaret cinco o diez mil francos, despilfarrando una fortuna que parece no tener fin.

En Roma, Felipe Sassone se extasía ante el Duce, a quien acuden a saludar los periodistas mientras monta a caballo: una finísima camiseta sin mangas cubre el torso del jinete, una gorra cuartelera evita que el sol de otoño le quemee la testa pelada. Salta vallas y setos, seguro y escultural, y sobre el pecho, pendiente de una cadenita de oro sutil, le danza una medalla piadosa que se enciende en chispas de oro.

La juventud de Vichy baila en el parque de la ciudad a los sonos de una banda militar y sonríe confiada. En Washington, el patriotismo local sufre porque la guerra ha llenado de negros las profesiones de chófer, de obrero de la construcción e incluso de funcionario subalterno.

(José Luis García Martín)